

REESTRUCTURACIÓN “BIO-ECONÓMICA” DEL CAPITALISMO Y SU IMPACTO EN LA RECONFIGURACIÓN DEL ESTADO Y LA CIUDADANÍA

Óscar Useche ¹⁴⁴

La profundidad de la crisis de sociedad, una de cuyas manifestaciones es el remezón que sufren las estructuras económicas del capitalismo, con gran costo y sufrimiento para millones de personas, hace indispensable repensar las teorías económicas sobre las cuales se ha fundado el modelo neoliberal prevaleciente, así como sus determinantes y efectos políticos.

El objetivo de esta revisión es, ante todo, explorar alternativas que no se circunscriban a paliar los efectos en los indicadores sociales o de crecimiento de un modelo nefasto, sino que enfatizan en la necesidad de una reconstrucción integral de las formas de vida de los seres humanos, tanto en el plano individual como en el de las relaciones colectivas, así como los modos en que desarrollamos nuestro encuentro con la naturaleza. Este es un esfuerzo que desborda el análisis económico para anclarse en las dimensiones éticas y políticas tanto de la subjetividad como de la organización social, y que también nos implica en la profundidad del problema del entorno natural, atravesados unos y otros por crisis de proporciones inéditas¹⁴⁵.

144 Economista colombiano, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y Doctor© en Paz, Conflictos y Democracia de la Universidad de Granada. Es profesor catedrático de las Universidades del Rosario, Lasalle y Distrital de Bogotá. Director del Centro de Estudios e Investigaciones Sociales (CEIHS) y Director de la *Revista Polisemia de Uniminutos*. (A1) por *OLCIENCIAS*

145 Al respecto vale la pena echar una ojeada al trabajo visionario del filósofo post-estructuralista francés Félix Guattari, quien articula estas dimensiones en su propuesta de “ecosofía”, en la que integra “los tres registros ecológicos, el del medio ambiente, el de las relaciones sociales y el de la subjetividad humana (...)” (Guattari, 1996:8).

Como es bien sabido, el desarrollo es un proceso cultural e histórico, y no meramente económico; por tanto requiere que se interrogue su vigencia, los lugares propios en los que ha habitado y los sentidos que comportan los modos de acción que adopta. Esto quiere decir que de ninguna manera podemos dar por sentado que el del desarrollo es un paradigma ya resuelto, ni que ha preexistido a ninguna de las sociedades hoy en curso, ni que sea ineluctable asumir un determinado rumbo del desarrollo, como si se tratara de una categoría teleológica definida por la vida misma.

UN PROBLEMA EPISTÉMICO: EL PENSAMIENTO BINARIO PRESENTE EN LA GUERRA Y EL MERCADO

Para superar el paradigma dominante del desarrollo son necesarios una serie de desplazamientos teóricos y metodológicos, que se propongan superar el dominio de la racionalidad del mercado como institución que pretende contener todos los procesos productivos, y los referidos a la circulación de bienes y servicios, que se han estructurado como un espejo de la lógica de la guerra. Esta lógica ha sido adoptada como método hegemónico, que se ha trasladado a diversas formas de la vida pública, y se ha ido transformando en un dispositivo de producción de subjetividades y de relaciones sociales que permea la vida cotidiana y los procesos de construcción de conocimiento y de verdad. El núcleo duro de este método es la aspiración de explicar las intrincadas redes de la vida sólo a través del código de una lucha perenne de unos contra otros, la simplificación de un mundo pleno de diversidad en un permanente cuadro mecanicista constituido por dos opuestos que se repelen y de cuya lucha incesante habrá de surgir lo nuevo.

El soporte epistémico de este razonamiento es una particular lectura de la teoría dialéctica de los conflictos y de la sociedad, que se hizo predominante en Occidente, difundiendo la mirada bipolar, antagónica y homogenizadora que ha sustentado la guerra en expresiones de un dualismo paradigmático que reconoce en la concepción "amigo-enemigo", sistematizada por Carl Schmitt, la forma por excelencia de

regulación de las relaciones políticas. El mercado y el capital, como relaciones sociales imbricadas a este enunciado de poder, estarían determinados por esta lógica, inherente al mismo ser de lo político, cuya autonomía estaría dada en la:

posibilidad de aislar una distinción específica como la de amigo-enemigo respecto de cualesquiera otras y de concebirla como dotada de consistencia propia” (Schmitt, 1999: 58).

No está ensayando Schmitt una metáfora, o estableciendo una dicotomía moral ni una instancia anclada en la psicología individual o en los sentimientos privados, sino que le confiere el sentido de una “realidad ontológica” que se realiza en el ámbito de la identificación del “enemigo público”, materialización del antagonismo que constituye lo político. Así, la política no puede concebirse sin confrontación con los enemigos; esta mirada abarca igualmente al mercado (que no puede ser concebido sin una guerra a muerte con los competidores)¹⁴⁶, y al Estado –que encierra en si todas las oposiciones– aunque se le haya planteado a este la tarea de relativizarlas ejerciendo como símbolo de la unidad política.

Esta definición de lo político como intensa contraposición amigo-enemigo le asigna al Estado, o a las formas-Estado, la función pública de crear el sujeto de esta contradicción, mediante el agrupamiento de la fuerza básica del pueblo (amigo) en torno a contenidos diferenciadores esenciales, cuya defensa –por todos los medios, incluso los militares– está justificada como el momento político en el que se parten aguas con quienes no comparten la identidad fundante (enemigos), sea que ellos procedan del interior del territorio o aparezcan como enemigos exteriores. El cumplimiento de este objetivo político se ha desenvuel-

146 En la literatura del *management* es profusa la colección de títulos dedicados a la relación entre la lógica de la guerra y la de los negocios. Algunos ejemplos: Macneilly, M. *Sun Tzu and the Art of Business: Six Strategic Principles for Managers*, Oxford University Press. 2000. Robert, M. *The Power of Strategic Thinking: Lock In Markets, Lock Out Competitors*; McGraw Hill. 1999 Ghyczy, T, et. al. *Clausewitz on Strategy : Inspiration and Insight from a Master Strategist*. Editorial John Wiley & Sons. 2001; Greene, R. *The 33 Strategies of War*. Editorial Penguin Books. 2007.

to a través de diversas técnicas de gobierno que se han desplazado desde la categórica “razón de Estado”, encarnada en diferentes tipos de gobiernos “fuertes”, hasta formas distintas de liberalismo, que enfatizan en técnicas gubernamentales que permitan hacer efectiva una libertad “segura” de los procesos económicos.

El concepto de lo económico, así como el desarrollo y predominancia de la teoría económica, no escapan a esta visión binaria hegemónica de lo político, aunque el acento en los determinantes del mercado y en las condiciones para la más eficiente expansión del capital, se fue constituyendo en una nueva manera de veridicción epistémica del poder.

Los avatares de la construcción del Estado y de las distintas instituciones que adquirieron las formas Estado, requirieron de un sinnúmero de reformas y adaptaciones, la más poderosa de las cuales llegó a ser la forma Estado-Nación, que definió los límites de la soberanía frente a los otros Estados y ratificó la soberanía interna, sobre los súbditos a gobernar y sobre el territorio del mercado interior. La defensa del mercado interno fue, por muchos años, el espacio para el desarrollo del capitalismo, y la definición del enemigo interior y exterior pasaba por identificar las fuerzas que hacían posible su propagación o las de quienes se oponían a ella.

En todo caso, en los distintos momentos de desarrollo de la lógica capitalista, hay un papel que es comúnmente asignado al soberano: garantizar la seguridad sobre la que pueda hacerse efectiva la libertad de comercio, o se pueda proteger la propiedad privada, o se mantenga el equilibrio entre la afirmación de unos ciertos intereses colectivos, sin que por ello se mellen las salvaguardias para los intereses particulares. La pareja conceptual seguridad-libertad se hace entonces decisiva y, en torno de ella, se despliegan las distintas tecnologías de gobierno que se debaten entre más “razón de Estado” o mayores controles para evitar un gobierno excedentario. Al final la soberanía se define, de un lado, por la capacidad de producir incesantemente seguridad frente a las amenazas y, de otro, fuerza suficiente para producir libertad económica ofrecida a aquellos que se integren a la unidad política.

RAZÓN DE ESTADO Y LIBERALISMO

En el análisis sobre el liberalismo hecho por Foucault en *Nacimiento de la Bio-política*, el autor se extiende en la argumentación sobre la tendencia instaurada desde el siglo XVIII en Occidente de limitar la “razón de Estado”, que operaba a través del derecho. La razón jurídica, que había copado la historia de la organización del Estado moderno Occidental, se centró en la constitución de fronteras externas a la soberanía. Este principio operó a través de una abigarrada codificación de las tecnologías de gobierno, sin que la fijación de los límites exteriores, implementada bien fuera como derecho internacional de la guerra, o como derechos humanos o como derechos de los Estados, hubiese conseguido evitar la concentración de poder y las arbitrariedades consiguientes. La fuerza del liberalismo, a partir de entonces, radicó en privilegiar la limitación interior al sistema, adoptando las formas construidas desde el campo de la economía.

El liberalismo emerge entonces como oposición a la sobre-codificación jurídica que había dado al Estado una fuerza de Leviatán y un tipo de gubernamentalidad basada en la “razón de Estado”, con el poder omnímodo de definir al enemigo interior o exterior y, por tanto, obligado a gobernar “en exceso”. La tecnología de gobierno que propone el liberalismo se funda, en cambio, en realzar el papel de la “sociedad” (de ahí el desarrollo de las teorías de la sociedad civil, del capital humano y del capital social). Esto implica el desarrollo de una sociedad de ciudadanos, desplegada a través de sus derechos y libertades individuales, las primeras de las cuales: la libertad mercantil y la propiedad privada, que constituyen una relación compleja de exterioridad e interioridad con ese Estado. La “sociedad civil”, como ámbito de la actividad económica de los ciudadanos, ya no es sólo el conjunto de súbditos del Estado, sino que aporta otro tipo de gubernamentalidad, que regula la práctica y las técnicas de gobierno y en el que el mercado y las propuestas de la economía política van a jugar un papel relevante. No quiere esto decir que el liberalismo sea meramente la ideología del mercado pues, concordando con Foucault:

El mercado desempeñó más bien, en esa crítica liberal, el papel de un “test”, un lugar de experiencia privilegiada donde se podían identificar

los efectos del exceso de gubernamentalidad e incluso apreciar su importancia. El análisis de los mecanismos de la "escasez" o, en líneas más generales, del comercio de granos a mediados del siglo XVIII, tenía el objetivo de pensar a partir de qué punto gobernar era siempre gobernar demasiado (Foucault, 2007: 362).

Ahora bien, la nueva fase de mundialización del modo de producción capitalista se ha propuesto universalizar el mercado e institucionalizar la guerra como procesos cuasi-naturales y perpetuos. Los más contemporáneos enemigos estratégicos son entonces quienes, de una u otra forma, se oponen a las normas y prácticas del mercado global (que se extienden a ámbitos hasta hace poco concebidos como extra-económicos), o quienes se resisten a convivir con la lógica de la guerra difusa y perenne. En ambos casos se trata de imponer formas omnímodas de administración de la vida en el nivel global. Tal como señala Foucault para caracterizar el neoliberalismo norteamericano contemporáneo:

(...) procura más bien extender la racionalidad del mercado, los esquemas de análisis que esta propone y los criterios de decisión que sugiere a ámbitos no exclusiva, o no primordialmente económicos. Así la familia y la natalidad; así la delincuencia y la política penal (Foucault, 2007: 365).

Este tipo de neoliberalismo, que es el que mayor influencia ha tenido en América Latina, ha demostrado una potencia sin igual para materializar formas avanzadas de lo que el mismo autor caracterizó como "bio-política", es decir el despliegue de técnicas de poder sobre el conjunto de la vida humana y la naturaleza; poderes soberanos que basan su fuerza en su capacidad para producir o modificar formas de vida y que se ejercitan no únicamente en su función de administrar la muerte.

BIO-POLÍTICA DEL CAPITAL EN SU FORMA NEOLIBERAL

La "bio-política" está constituida por un conjunto de tecnologías, prácticas y modos de intervención que no se limitan a gobernar a individuos-súbditos, sujetos del derecho enunciado por el soberano.

Ahora aparecerán dispositivos diseñados para la atención de poblaciones, que se configuran y des-estructuran conforme a dinámicas propias y específicas, modulados de acuerdo con procesos naturales ligados a variables biológicas, demográficas, territoriales y sanitarias que el poder debe tener en cuenta para mantener el gobierno, definiendo cuáles pueden ser reglamentadas y disciplinadas y cuáles deben ser más bien conducidas, encauzadas o facilitadas. El marco general de una “bio-política”, indica Foucault:

(...) tiende a tratar la “población” como un conjunto de seres vivos y coexistentes, que exhiben rasgos biológicos y patológicos particulares y, por consiguiente, corresponden a saberes y técnicas específicas. Y esa misma “bio-política” debe comprenderse a partir de un tema desarrollado desde el siglo XVII: la gestión de las fuerzas estatales (Foucault, 2006: 415).

Esta nueva gubernamentalidad bio-política le asigna a la economía funciones de conducción de fenómenos (que para el efecto se naturalizan), relacionados con la producción, la gestión y la distribución de bienes y servicios, o sea funciones vinculadas con la producción y reproducción de la vida. La administración de estos procesos vitales implica acicatear y guiar prácticas económicas que, en sí mismas, son aparatos de enunciación que trazan señales para la afirmación de una lógica del ejercicio de gobierno, cuyos principios y métodos responden a razones económicas como la de la mayor eficacia con el menor costo.

El orden económico que de allí surge es una de las pautas nucleares del ordenamiento social; el mercado emerge como fábrica de subjetivaciones que expande la razón económica como pauta de comportamiento básica. Y esa lógica pone su acento en la generalización de modos de regir los comportamientos humanos, combinando instrumentos estatales y no estatales. Así, avanza la reestructuración de la sociedad apelando a la reconfiguración de las condiciones culturales para activar nuevos modos de regulación de los ciudadanos. En la medida en que disminuye el acento en la normalización y disciplinamiento de los individuos a través de estructuras cerradas, se acelera la aparición de mecanismos de control en espacios abiertos y se apela a códigos culturales para que cada cual, junto con sus grupos de referencia,

tracen fronteras (se auto-regulen) acerca de las conductas válidas o las que crean riesgos para la seguridad. El control social circula por dispositivos como el mercadeo, por el que se propagan los gustos y las preferencias colectivas. Friedrich von Hayek, uno de los teóricos ultraliberales de la escuela austriaca, en la que se fundamentarán algunas de las tendencias neoliberales contemporáneas, anticipaba esta lógica de lo social:

La gran sociedad en realidad se hace posible cuando el individuo es guiado por su propio esfuerzo, no atendiendo directamente los deseos visibles de otros sino respondiendo a las señales del mercado [...] la "gran sociedad" no puede ser vigilada adecuadamente por ninguna sabiduría ni conocimiento humano (Hayek. 1978: 208).

Para este enfoque, es la racionalidad económica la que determina los grandes procesos sociales y culturales. El mismo Hayek señaló que sólo la propiedad privada y el mecanismo de precios libres pueden coordinar la producción de conocimiento, disperso en la sociedad (1948: 33). Otros analistas neoliberales se esfuerzan, por ejemplo, en establecer correlaciones directas entre la instauración de las sociedades mercantiles y procesos socio-políticos complejos, como la pacificación y democratización de los países. Véase sólo un ejemplo de esta lógica de la historia:

La misma historia europea de la segunda mitad del siglo XX es la mejor prueba de que el comercio es un gran pacificador universal. Desde los primeros tratados del acero y el carbón entre Alemania y Francia, en la posguerra mundial hasta la actualidad, se han visto 60 años de paz entre las principales potencias europeas. (...) Tal como preveían los teóricos, el libre intercambio de bienes y servicios, la libre movilidad de capitales y de personas, han permitido que ya no se disparen unos a otros, y han logrado encauzar las ansias de los líderes políticos y empresarios (Etchebarne. 2008: 170).

Esta razón "bio-política" de la economía se hace compatible con el poder sobre la vida (bio-poder) exhibido en el manejo político de las poblaciones, cuyos integrantes son prioritariamente parte de una especie de seres vivien-

tes para cuya conducción se aplican regulaciones extremas, pero también enunciaciones sobre la subjetividad. Estas últimas promocionan cambios en actitudes y valores, modos de vida y, en fin, la adscripción a sistemas de referencia y a redes y dispositivos semióticos que han ido configurando lo que Deleuze llamara “sociedades de control”, cuyos mecanismos se han delineado sobre los arquetipos del sistema de mercado¹⁴⁷.

La cultura tecnológica y científica, que va adquiriendo el rango de una ideología, determina las nuevas velocidades y la aceleración de las que está hecho el mercado y las relaciones sociales que lo replican. Desde allí se originan flujos mercantiles, materiales y subjetivos que incrementan la dependencia cotidiana de sistemas que reglan los itinerarios, los ritmos y en general todo sentido de apropiación del territorio o del tiempo. La disciplina impuesta desde cada una de las instituciones panópticas, que establecía normas específicas para cada espacio de socialización, va siendo transformada en modulación de las conciencias que reclama el autocontrol, a través de la utilización masiva de nuevos lenguajes numéricos, cibernéticos y de las narrativas de la tecno-ciencia y del *marketing*. El volumen apabullante de información que se proporciona a todos los individuos desalienta las sensaciones propias, instándolo a naufragar en el torrente de imágenes cuya saturación deja una indecible impresión de vacuidad.

A través del mercadeo y del omnipresente sistema financiero, que obligan a las personas a ser parte de los modernos equipamientos de registro, se establecen bases de datos que dan cuenta de la existencia de los individuos. Los estudios de percepción y de opinión son las modalidades que configuran la nueva noción de “mayorías” y de “opinión pública”, que reemplaza en la práctica a los conceptos de “ciudadanía”, “pueblo”, o incluso al de “elector”. Esto se traduce en transformaciones de la morfología del poder político representativo, centrado ahora en las redes de comunicación, así como en severos ajustes a las políticas de seguridad, basadas actualmente en la vigilancia automática y la respuesta inmediata a cualquier amenaza contra el orden.

147 Para ampliar este concepto puede leerse el texto de Guilles Deleuze: “Post-scriptum a las sociedades de control”, en *Conversaciones Pre-Textos*, Valencia, 1999. pp 277-282.

La política, en su acepción moderna, ha sido vaciada de contenidos y se ha ido convirtiendo en un ejercicio de representación cada vez más circunscrito a una operación de “mercadeo político”. Los candidatos a conformar las instancias representativas más importantes son productos de la gran empresa del poder, que vende imágenes sin contenido en una reconversión de la política en “política espectáculo”. Por ejemplo, las encuestas tienden a definir los resultados electorales antes de haberse realizado la elección.

La opinión política y el consenso en nada tienen que ver con la voluntad general (...). La política contemporánea es este experimento devastador, que desarticula y vacía en todo el planeta instituciones y creencias, ideologías y religiones, identidad y comunidad, y vuelve después a proponerlas bajo una forma ya definitivamente afectada de nulidad (Agamben, 2001: 93).

Las políticas sociales de la época del Estado Providencia han dejado de existir y subsisten algunos remanentes sólo como precarias focalizaciones de la asistencia a los pobres, sometidas a las intervenciones de registro de los sistemas de “identificación de beneficiarios”. La cultura es “gestionada”; todos los asuntos públicos son orientados por “gerencias” especializadas. La participación ciudadana pierde todo sentido como escenario democrático y va siendo relegada a funciones complementarias, como la veeduría y control social sobre la prestación de algunos servicios públicos.

Diariamente se acentúa la inclinación a perfeccionar mecanismos de vigilancia “total” sobre los ciudadanos. En las esquinas se instalan sistemas digitales que registran infracciones de tránsito. En las calles consideradas neurálgicas se despliegan sistemas de detección de delitos que faciliten una reacción inmediata de los cuerpos de seguridad. Se multiplican las penas de confinamiento o prisión domiciliaria, garantizadas por el control electrónico del individuo sin necesidad de mantenerlo encerrado en prisión. El *quid* de la cuestión de la seguridad se materializa en la instantaneidad de la reacción; la velocidad se convierte en el vector que determina la eficiencia; como señala Virilio:

(...) la modulación y la manipulación de las velocidades vectoriales (la policía logística) han sido, en los diversos conflictos militares

y revolucionarios, los elementos más eficaces para lograr la cohesión de las masas en Europa y Estados Unidos. Pero, al mismo tiempo (...) el fin buscado por el poder no (es) sólo la invasión u ocupación de los territorios sino, sobre todo, la creación de una suerte de resumen del mundo obtenido mediante la ubicuidad, la instantaneidad de la presencia militar, es decir un puro fenómeno de velocidad, un fenómeno en marcha hacia la realización de su esencia absoluta (Virilio, 1988).

La seguridad, en el marco de esta “lógica de lo peor” (Virilio, 1999: 179), es el contexto que hilvana el lugar de enunciación del mercado con los drásticos ejercicios políticos que hacen proliferar los estados de excepción, en donde los principios constitucionales son sustituidos por la implantación, como norma, de regímenes de estados de sitio (la excepción se hace regla y entonces toda arbitrariedad es posible: Agamben, 2001: 40 y 96). El régimen se transfigura en una institución de policía para enfrentar la amenaza continua, sobre todo y sobre todos, por parte de un enemigo deslocalizado y sin rostro. Por esta senda las sociedades van desembocando en una guerra civil molecular, una especie de confrontación micropolítica que desata nuevos órdenes regidos por la necesidad de protección. Las redes sociales y las adscripciones colectivas se disgregan, y son reemplazadas ahora por la institucionalización de la guerra y del mercado y por la angustia producida por el miedo que nos arroja al individualismo y la desconfianza sin atenuantes.

Ya no hay que fiarse más de la máquina, hay que maquinar la vida social según los imperativos de la seguridad y de la protección, hacer de la delación y del control social un gesto maquinal, como aquel que nos conduce al correo o a la oficina de la seguridad social (...) (Virilio, 1999: 175).

La naturalización de la razón bio-política subyacente a la guerra y al mercado conlleva la imposibilidad de comprender la alteridad, la diferencia y el pluralismo, materializando la tendencia a que los conflictos se conviertan en luchas con mayores o menores grados de violencia letal. De ahí la amplia gama de espacios de entrecruzamiento entre

la guerra y el mercado, entre la razón “bio-política” encarnada en la “seguridad” y lo que hoy podríamos denominar “bio-economía”.

EL PROBLEMA BIO-ECONÓMICO: LA ECONOMÍA COMO PODER SOBRE LA VIDA

El mundo capitalista se conmociona con las profundas mutaciones que se introducen en el modo de producción, en la medida en que se han puesto en juego fuerzas de nueva índole y se han agitado las relaciones de poder y las relaciones sociales, que tienen lugar en el campo de los procesos productivos y en las formas de acumulación y de valorización. Por cuanto ya no se puede hablar sólo de una estructura económica singular, configurada por dos fuerzas delimitadas y en pugna asimétrica (capital y trabajo), sino de un sistema que contiene infinitud de formas de vida humanas y de otras especies naturales que intenta dominar y someter a su administración integral, ha de señalarse que irrumpe un espacio específico del bio-poder que en este texto se reconoce como el problema “bio-económico”.

La “bio-economía” es una categoría, fruto del pensamiento económico y social heterodoxo, que incorpora perspectivas como la filosofía de la diferencia y aproximaciones epistemológicas que privilegian la multiplicidad y la complejidad. Profundiza en la crítica de la lógica económica estática, bipolar y promotora de modelos ideales y cerrados de equilibrio, basados en una epistemología mecanicista en los que la naturaleza no es más que un recurso y las costumbres, usos e implicaciones éticas de los humanos no pasan de ser externalidades al sistema.

Como bien recuerda Georgescu-Roegen:

Pareto nos acucia a creer con su argumentación de que, de igual modo que la geometría no hace caso de la química, la economía puede pasar por alto, por abstracción, el homo ethicus, el homo religiosus y todos los restantes homines. Ahora bien, Pareto no es el único que sostiene que el proceso económico tiene límites naturales definidos (Georgescu-Roegen, 1996: 393).

La “bio-economía” discurre sobre dos dimensiones principales:

1. La de la expansión del campo de la gestión económica humana a los distintos componentes o confines de la biósfera, ese sistema complejo de relaciones de vida natural. El “bio-poder” dominante se expresa, en este plano, como la pretensión de someter a la racionalidad económica de mercado los intrincados y singulares procesos de reproducción de sistemas naturales, queriendo hacerlos tributarios de la lógica de acumulación y ganancia capitalista. René Passet pone en evidencia el conflicto de racionalidades que allí surge:

(...) mientras la naturaleza maximiza sus stocks (la bio-masa) a partir de un flujo dado (la energía solar), la economía maximiza los flujos comerciales agotando los flujos naturales (carentes de valor mercantil) cuya disminución, al no figurar en el balance económico, tampoco da lugar a una acción correctora. (...) mientras que la naturaleza obedece a una lógica de la interdependencia y la circularidad (los grandes ciclos bio-geoquímicos, la fotosíntesis en virtud de la cual los residuos de vida son a la vez fuentes de vida), la decisión económica se apoya en una relación lineal causal simple, que compara las relaciones de un gasto (...) con un resultado. (...). En los ritmos naturales, cuyo desarrollo y sincronización abarcan miles (a veces, millones) de años, la gestión económica introduce la ruptura de las maximizaciones a corto plazo (...) (Passet, 1996: 30).

Se trata entonces de la administración de la vida natural conforme a la lógica de la valorización económica; esta es la manifestación “bio-económica” de la pulsión antropocéntrica que ha dominado los modelos hegemónicos de la modernidad capitalista, en los que se olvida que el humano se hace parte interdependiente de la naturaleza y no es su amo indiscutido.

2. La dimensión de la gestión de nuevas formas de producción, que no se restringen a la producción de bienes y servicios contenidos en esa relación social que es el capital, sino que, en sentido estricto, producen sociedad. Son múltiples los procesos que involucra este tipo de producción de lo social; algunos, por supuesto, son de naturaleza

económica. Pero, de manera privilegiada, la “bio-economía” desata prácticas, disposiciones y relaciones de poder, y aún más, elementos de carácter ontológico como los atinentes a la reproducción de valores sociales y culturales. La indiferenciación y la yuxtaposición de estos distintos planos de la construcción social, económica y política caracterizan la época actual. Fumagalli resume así este aspecto del problema “bio-económico”:

La bio-economía representa la difusión de las formas de control social (no necesariamente disciplinarias) a fin de favorecer la valorización económica de la vida misma: bio-economía, esto es, el poder totalizador e invasivo de la acumulación capitalista en la vida de los seres humanos (Fumagalli, 2010: 27).

Veamos, someramente, algunos de los elementos de cada una de estas dimensiones constitutivas de la “bio-economía”:

IMPACTO DEL NUEVO MODO DE ACUMULACIÓN SOBRE LA BIÓSFERA

La modernidad capitalista desarrolló el conocimiento científico y la capacidad técnica, que permitieron afianzar el imaginario de la potencia ilimitada del ser humano para controlar la naturaleza. Las teorías del desarrollo, hijas del pensamiento lineal del progreso, se expandieron por el mundo replicando el modelo de la gran fábrica fordista y de los métodos de administración tayloristas, que prometían mantener siempre en ascenso la productividad y el crecimiento del producto y del consumo. El impacto sobre el medio natural de este tipo de economía, no fue, por décadas, objeto de atención privilegiada de estos paradigmas productivos y de distribución, cuya única consideración era la satisfacción de las necesidades humanas materiales, definidas por el mismo sistema y la producción de excedentes capitalizables.

La Escuela de la Economía Neoclásica desde sus orígenes, con los planteamientos de Jevons, Menger y Walras, pretendió que sólo había unas leyes económicas universales que, inevitablemente, se impondrían en todas las latitudes gracias a su superioridad sobre los demás siste-

mas, cualesquiera fuera su diversidad (Passet, 1996: 80). Los sistemas naturales de la biósfera, entendidos como meros "recursos" dados, estarían, por tanto, sometidos tácitamente a esas leyes de utilidad y escasez que definen el valor marginal de los bienes. Uno de los rasgos destacados de esta visión del desarrollo es la búsqueda del equilibrio del mercado, de tal manera que aquellos elementos que no estén inscritos en esta racionalidad, simplemente no hacen parte relevante del sistema económico. Todo el aparato económico se concibe en busca de tal equilibrio, en donde el mercado se referencia como un fin en sí mismo, de tal manera que el entorno natural y el ser humano terminan puestos al servicio de ese fin. Es, al mismo tiempo, tanto la disyunción del sistema económico y la naturaleza, como un largo paso hacia la deshumanización de tal sistema de producción.

La teoría del valor, animada por estas corriente de pensamiento y, en buena medida, por sus sucesoras, inscritas en el pensamiento neoliberal contemporáneo, se mantienen muy próximas a ideas del liberalismo clásico, como las defendidas por Bastiat, según las cuales la tierra ofrece gratuitamente los recursos (el carbón, el agua), y lo que genera valor es el trabajo que se requiere para extraerlo y transportarlo (Bastiat, 1850: 362, citado por Passet, 1999: 83). La función económica debe entonces "internalizar" los costos externos, sean ellos el agotamiento de una fuente de recursos naturales o las implicaciones económicas de la contaminación ambiental.

La biósfera es mucho más que un bien libre que opera como una fuente de recursos para la actividad económica, y que ofrece ventajas comparativas para las unidades de capital que la tienen disponible o costos por externalidades para quien no puede hacerse a su explotación. La biósfera, por el contrario, ha de entenderse como un organismo vivo y prodigioso, multidimensional y complejo en donde habita la diferencia manifiesta en la infinita diversidad de formas de vida. Por supuesto, es imposible someterla a la lógica del aparato económico mercantil.

Pero la contabilidad neo-clásica se preocupa exclusivamente de la indexación de los flujos financieros; los bienes naturales aparecen como una "donación" de algo así como un "centro de gestión" de recursos de

la naturaleza—la biósfera—, que ha decidido asociarse gratuitamente al capital para encargarse de reponer, sin interrupción, esos recursos, y ponerlos al servicio de la maximización de los ingresos. De ahí la propensión por la depredación de los recursos no renovables, siempre que ayuden a mantener la espiral creciente de la producción y la ganancia. Cuando se agoten, ya se encontrarán otros sustitutos, por la vía del descubrimiento o el de la invención técnica. Su racionalidad de mercado les convence de que esos bienes siempre estuvieron ahí, esperando que la bienaventurada iniciativa empresarial acudiera a apropiárselos. Es una variable particular del antropocentrismo, el mercado-centrismo: la naturaleza está hecha para trabajar en beneficio del capital. Igual ocurre con los bosques y las aguas; poco interesa que su desmedida explotación amenace el equilibrio de sistemas milenarios que aportan ciclos naturales insustituibles; o con la tierra misma, en donde la intensificación de los procesos de explotación agrícola ha conducido al agotamiento y la desertificación.

La aplicación de la racionalidad bio-económica en la administración de estas formas de vida ha dejado un rastro desalentador: la modificación de los paisajes; la desviación y envenenamiento de las aguas; la polución atmosférica y el calentamiento global; la intervención de la ciencia y la tecnología para modificar las formas de reproducción de las especies vegetales y animales (semillas transgénicas, clonación). Esto es: la bio-economía en juego como bio-poder dominante: la pretensión de administrar complejos sistemas vivos, que requirieron de una prolongada evolución, adaptados y envasados en ciclos de muy corta duración, de los sistemas económicos humanos contemporáneos. Intentar que la vida misma, en toda su extensión, quepa en los flujos del capital y la ganancia.

Así, la expoliación y trastrocamiento de los mecanismos naturales de regulación de la biósfera es una arriesgada apuesta por intereses monetarios y de enriquecimiento de minorías poderosas, que parecen dispuestas a sacrificar las redes en las que se cimienta la vida. Es la aporía mayor del concepto de la seguridad: garantizar la protección del sistema económico y de su racionalidad del máximo beneficio, al costo de poner en el límite el medio natural en el que florece la vida. Una lógica que se soporta en una teoría económica reducida a la

fórmula mecánica de la utilidad y el interés, que determina la asignación de medios dados para obtener una máxima satisfacción de fines [rentabilidad].

Prigogine señalaba que la intención de subordinar a la naturaleza a leyes deterministas, lo que implica la concepción de una naturaleza pasiva, es un pensamiento puramente occidental (2001: 20). Y en esa perspectiva el ser humano de esta cultura se creó su propio lugar en la biósfera. En este último período, empujada por las ideologías y modelos occidentales, la especie ha escogido el camino de contribuir a su propio cataclismo y alterar irremediamente las leyes del planeta en el cual está inmersa. La crisis del relacionamiento hombre-biósfera, definida por el antropocentrismo y el mercado-centrismo dominante, no ha podido hacer invisible la interdependencia de los sistemas vivos y la realidad de que estamos contenidos en un universo-red, cuyo signo no es la estabilidad y en donde se aprende la paradoja de contemplar la vida como enraizada en la no-vida.

La tierra está enfrentada a la contingencia que proviene de la inestabilidad de los sistemas dinámicos. Al acentuar la interdependencia de todo podemos mostrar que la vida y la no-vida no son opuestas. La entropía misma depende de la historia del universo. Cuando la materia se ve alterada por condiciones de desequilibrio pueden emerger correlaciones de largo alcance. Gracias al desequilibrio podemos ir a estados de complejidad y cooperación. En condiciones de equilibrio la materia no se comporta de este modo. El orden se hace, se crea literalmente sobre la marcha (Prigogine, 1997).

Tal vez haya sido Georgescu-Roegen, el heterodoxo economista rumano, discípulo de Schumpeter, el primero que planteó sistemáticamente, en la segunda mitad del siglo XX, la relación entre entropía y economía, criticando las simplificaciones y formalismos de la economía dominante, abriendo un espacio al tratamiento de los problemas de la relación del sistema económico con la biósfera e irrumpiendo con ideas precursoras del pensamiento bio-económico, muy útiles a las corrientes ambientalistas y del desarrollo sustentable. Al introducir en el análisis económico las leyes de la termodinámica, y en particular la

segunda ley de la entropía creciente, crea un campo de análisis interdisciplinario que se opone a los mitos mecanicistas de la economía neo-clásica.

Para este autor, el proceso de desarrollo económico que emprendió el ser humano no es más que una continua transformación de baja en alta entropía; o sea, que es cada vez mayor la masa de energía que se consume y no puede usarse para producir trabajo. El proceso económico capitalista ha acelerado la transformación de energía libre, acumulada en los recursos naturales, hacia energía domesticada, reconvertida, que, luego de usada, se convierte irreversiblemente en materia de alta entropía en la forma de desechos sin valor. El problema crucial de la escasez que agobia a los procesos económicos es el de la escasez de baja entropía y los ritmos a los que están siendo consumidos, produciendo en cambio volúmenes absurdos de basura. La principal fuente de baja entropía es la luz solar; la otra son los yacimientos de la tierra. Estas fuentes de entropía baja son articuladas por el ser humano con sus esfuerzos productivos.

La irradiación solar está vinculada con los ciclos naturales de la agricultura, de donde depende el sostenimiento alimentario básico para la vida; allí la naturaleza impone sus condiciones. Por eso, capturar la baja entropía de la irradiación solar no depende únicamente de la capacidad técnica agrícola desarrollada por el hombre. El uso de la tierra, cada vez más intensivo, ha permitido ciclos largos en que se ha podido proveer a multitudes, cada vez más numerosas, la sobrevivencia alimentaria básica; pero también es progresivo el agotamiento entrópico de las tierras, su acidificación y desertificación. El despliegue de medios artificiales para sostener la productividad de la tierra (abonos, sistemas de irrigación y arado, etc.) han hecho más lento el proceso entrópico, pero no ha evitado que la actividad humana haya llevado a la tierra cultivable a pasar de menor a mayor entropía. La carga de población ha acelerado este proceso; téngase en cuenta que se calcula que en octubre de 2011 habrá 8.000 millones de habitantes en el planeta, por lo que el problema de la alimentación surge como uno de los problemas centrales de la supervivencia de la especie humana.

Por su parte, los minerales se han asociado a la rápida expansión industrial. Las reservas de minerales son mucho menores que las producidas por la irradiación solar, y han sido empleadas en cada vez mayor escala por el aparato industrial. Allí el paso de materiales de baja entropía (mientras están en el subsuelo) a otros de mucha entropía es mucho más acelerado. Además, el uso de ellos produce otro elemento entrópico de gran escala: la contaminación¹⁴⁸.

Vistos estos asuntos, es claro por qué la consideración de la entropía cuestiona la rigidez y unilateralidad de la economía dominante, al mostrar el conjunto del sistema económico como dinámico e inestable, por la obvia razón de que está inserto en los sistemas de la biósfera, cuyos procesos entrópicos han sido acelerados por la acción humana y que, si bien no van a llevar a un fin abrupto del universo, que cuenta con sus propios modos de autoorganización y recomposición, sí abre grandes interrogantes a la subsistencia de la especie humana, que no parece dar muestras, desde los poderes dominantes, de corregir el rumbo.

Entonces hay límites que se imponen al crecimiento económico desde una visión integral de la biósfera. Lo señala Georgescu- Roegen:

Hasta hoy, el precio del progreso tecnológico ha significado un cambio desde la fuente de baja entropía más abundante –la radiación solar– a la menos abundante –los recursos minerales de la tierra. Ceteris paribus, la presión de la población y el progreso tecnológico hacen que la carrera de la especie humana esté más cerca de su fin sólo porque ambos factores dan lugar a una más rápida desaccumulación de su dote (Georgescu- Roegen, 1996:378).

Hombres y mujeres de nuestro tiempo nos enfrentamos al deber de cavilar sobre los problemas más profundos del ser que somos y

148 Georgescu-Roegen lo pone en estas palabras: "La humanidad dispone de dos fuentes de riqueza; en primer lugar el stock finito de recursos minerales en la corteza terrestre que, dentro de ciertos límites, podemos desaccumular casi a voluntad en un flujo, y, en segundo lugar, un flujo de radiación solar cuyo ritmo no está sujeto a nuestro control (...). El sol continuará brillando sobre la tierra, casi tan vivamente como hoy incluso tras la extinción de la humanidad, y alimentará con baja entropía otras especies, las que no tengan ambición alguna" (1996: 377-378).

atrevernos a bucear en las aguas turbulentas de la pregunta ética, de las opciones y los caminos políticos y económicos que tiene ante sí la especie humana para replantear la relación ineludible con la biósfera y darle un contenido vital, liberándola de la mera razón instrumental basada en el beneficio monetario.

EL PODER BIO-ECONÓMICO: EL CAPITALISMO DEL CONOCIMIENTO, LA COMUNICACIÓN Y EL LENGUAJE

El otro plano de la producción bio-económica se asocia con la puesta en escena de nuevas fuerzas productivas determinantes: el conocimiento, la comunicación y el lenguaje, que se han convertido en los recursos de mayor peso en la transición post fordista del capitalismo que se vive hace unas tres décadas. Desde estas nuevas fuerzas se están trazando nuevas formas de acumulación, novedosos ejes de difusión del proceso productivo que impactan en los procesos de realización monetaria y en grandes cambios en las formas de trabajo.

La explicación de las mayúsculas mutaciones en curso puede hallarse con alguna claridad si se examinan las modalidades emergentes de organización de la producción y del trabajo. El régimen de producción fordista de la gran industria centrada en la línea de montaje y los altos hornos, que concentraba la mano de obra en talleres sometidos a una estricta división del trabajo, bajo una administración especializada, tecnologías que incorporaban paulatinamente las innovaciones y unas regulaciones estrictas para el control de los espacios y tiempos de los trabajadores, está en franca decadencia. En las fronteras del sistema de producción en cadena, regido por una administración de tiempos y movimientos, se han ido imponiendo fuentes de disolución de la disciplina de la fábrica, ahora entrada en obsolescencia, para que, en cambio, surjan vigorosos focos de producción inmaterial. Estos núcleos están constituidos por elementos que antes no se habían incorporado directamente a la producción y que, por el contrario, parecían conformar perturbaciones que no cabían en la organización lineal de la banda de producción: los lenguajes y los afectos; el

pensamiento lógico y la comunicación; la interacción y la confianza entre seres humanos, en fin, factores antes asignados al ámbito de la cultura y la vida cotidiana, y que aparecían separados y repelentes de la esfera del trabajo, hoy resurgen como factores productivos, aportando una gran densidad semántica que altera la lógica del modelo industrial. Ahora, como afirma Paolo Virno, se han transformado en *poiesis* desnuda: producción lingüística, trabajo afectivo, capital social, trabajo intelectual.

Se disolvieron los límites entre la pura actividad intelectual, la acción política y el trabajo (...) El trabajo contemporáneo incorporó muchos rasgos que antes distinguían a la experiencia política. Es decir, la "poiesis" incluyó en sí numerosos aspectos de la praxis (Virno, 2003:43).

Como puede verse en investigaciones como las que se han adelantado en Colombia con grupos de jóvenes que desarrollan formas de trabajo autónomo, estas nuevas modalidades productivas se ocupan no sólo de la fabricación de bienes materiales o de la incursión en la producción inmaterial, sino, ante todo, dan a luz redes sociales y comunicativas, intercambio acelerado de conocimientos, maneras de cooperación inéditas, conectividades desconocidas hasta ahora, comunidades de nuevo tipo que son en buena medida resultado de los intensos procesos de subjetivación que vive el mundo contemporáneo (Useche. 2009:133).

El nuevo modelo se fue imponiendo mediante la aplicación generalizada de la informática y de la era digital, que permitieron el uso del lenguaje como potencia productiva directa, cosa que el post-fordismo organizó a la manera de grandes máquinas lingüísticas, así como de la descentralización y reestructuración del aparato industrial, que se dispersó por todo el tejido de la sociedad, manteniendo fuertes nodos de ensamblaje y de control de los procesos, mientras la expansión productiva y de servicios se codificó como producción a distancia "*outsourcing*", es decir como infinidad de operaciones externas a los centros de diseño, montaje y comando de las empresas.

Esto es el imperio de las empresas-red, que trascienden fácilmente las fronteras nacionales, que establecen la división del trabajo internacional

a partir de conocimiento diferenciado, al tiempo que la creciente predominancia de los espacios virtuales crea un campo para la consolidación del capital financiero internacional como el gran detentador y mando de la red capitalista. Por las arterias del capital financiero, cuya eficacia se multiplica con la instantaneidad comunicativa de las operaciones bancarias, circula el poder que administra la vida: los sistemas de salud y pensiones, la imposición de precios de los *comodities*, especialmente de alimentos y materias primas de los mercados emergentes, la definición de prioridades para la ciencia y la innovación, etc. En última instancia, es el mercado financiero global, virtualizado e informatizado, el que asigna la valorización de la productividad social del trabajo (Fumagalli, 2010: 86).

Lo anterior quiere decir que el principal valor agregado en este modelo surge de la capacidad para captar la materia prima esencial de la economía globalizada: el uso de las facultades humanas del pensamiento y del lenguaje, a partir de las cuales los nuevos trabajadores desarrollan su potencia creativa. La espiral productiva de este capitalismo post-industrial se difunde sobre las aptitudes en los campos de la comunicación y de la informática, que se van haciendo comunes a todos y que transmiten no sólo nuevas demandas de consumo de bienes materiales, sino nuevas emociones, símbolos, afectos, sensaciones y formas de vida. En esto radica el viraje de las economías basadas en la producción de bienes materiales hacia las de la era del capitalismo fundado en producción inmaterial, capitalismo del conocimiento o capitalismo cognitivo. Allí, los procesos lingüísticos se erigen en el elemento integrador y estructurador del conjunto de la economía, incluidos los procesos de producción material, tanto como los de mercancías inmateriales, la esfera financiera o el ámbito de la circulación y realización, gobernados cada vez en mayor medida por la publicidad y otros aparatos de producción de subjetividades. Así, en la medida en que estas nuevas formas de acumulación subsumen la dimensión de las relaciones de los seres humanos y se ubican en los espacios de la cooperación y la comunicación básicas, abarcando la vida íntegra de los individuos y los colectivos, es que se afirma que “el capitalismo cognitivo es acumulación bio-económica”

Hoy, con la llegada del capitalismo cognitivo, el proceso de acumulación se basa sobre, y toma la sustancia de, las facultades

vitales de los individuos a través de una estructura reticular de cooperación social. En otras palabras, el acto de acumulación presupone la existencia de un dispositivo de poder sobre las actividades existenciales con el fin de transformarlas en relaciones económicas productivas (Fumigalli, 2010: 260).

De ahí que, como ya se había mencionado antes, los cambios abarcan también asuntos decisivos de la dimensión pública y de la estructura del poder político, en la medida en que el Estado, como soporte unificador de la sociedad moderna tiende a perder el monopolio de la función de integración social. Aparecen en escena nuevos agentes que le disputan esa hegemonía y van constituyendo nuevos campos de lo público, complejos, contradictorios, inestables, agonales, que se desmarcan del centro de mando asignado al Estado –lo cual resquebraja la obligación de obediencia inequívoca hacia él– y dan lugar al nacimiento de formas de vida excepcionales, que ya dejan de responder a la órbita de relaciones unívocas trabajo asalariado-capital.

La apertura de numerosos espacios sociales y políticos conduce hacia un sistema poroso; el mercado mismo pierde cohesión y se ve sometido a sobresaltos y crisis que se retroalimentan amenazantes. En muchos lugares se empieza a pugnar por liberarse de la solidificación del mercantilismo global, gobernado con mano de hierro por el capital financiero transnacional, abogando por modulaciones diversas, llámense ellas una combinación de protección y libre comercio, o disputas entre mercados regionales que adoptan mecanismos singulares, que muchas veces no son complementarios (tal el caso del proyecto impulsado desde Mercosur, o las convulsiones al interior de la Unión Europea, o el surgimiento de alianzas de los mercados de los países emergentes más grandes –BRIC–, etc.); todas ellas modalidades de negociación que tratan de romper la disciplina impuesta por los organismos multilaterales que están al frente del proceso de acumulación bio-económico.

De otro lado, florecen embriones de comunidades abiertas a ámbitos diversos y plurales de reconfiguración social, que van encontrando en las recientes formas de cooperación social, forjadas a partir del conocimiento y las redes lingüísticas y comunicacionales, grietas que

horadan la supremacía del Mercado y su conflictivo binomio con el Estado, jerarquías que habían sido proclamadas como irreversibles por la teología neoliberal.

El mundo de la vida ha sido atravesado por estos enunciados y estas luchas, y ha encontrado en la incertidumbre, la contingencia y la inestabilidad sus signos más evidentes, que se trasladan al campo de la cultura como radicales alteraciones de las maneras de ser en sociedad. La angustia colectiva, la propensión al individualismo y el aislacionismo, así como la incubación de miedos descontrolados, son la cuna de fundamentalismos aterradores y de proyectos autoritarios que navegan en la demanda de orden y certezas que se afirma desde los dispositivos de subjetivación dominantes.

A muchos les toca improvisar aprendizajes de lo más elemental del arte de sobrevivir, sea porque han perdido su relación vital con la tierra pues han sido expulsados de ella, o porque todo el entorno laboral ha cambiado y ahora las exigencias de conocimiento son otras y mudan a cada rato. La sensación de disolución generalizada paraliza, pero es también un acicate para repensar los modos de vida y repensar los territorios existenciales. El mundo plano de los mercados en equilibrio que imaginó el neoliberalismo ha sido oscurecido por espacios de producción social que se siembran y extienden como rizomas y que se mueven en espiral.

RELEYENDO EL “INTELECTO GENERAL”

La producción global contemporánea ha puesto en la entraña del proceso de acumulación bio-económica al capital humano y al capital social. El primero hace referencia a las potencias productivas e intelectuales de los seres humanos, que ya no son consideradas como simples fuerzas de trabajo subordinadas por el sistema de máquinas, propio de la fábrica, sino que corresponden a una nueva relación social que es subsumida plenamente por el capital. El llamado capital social, por su parte, se refiere a la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo, o a la posesión de una red duradera de relaciones de conocimiento y reconocimiento mutuo, según la descripción de

Bourdieu (2000:148); o sea que, de acuerdo al sociólogo francés, se trata de un poder social fundamental o una "reserva comunitaria", al decir de Putnam, entre cuyos componentes se cuentan la confianza, las normas de reciprocidad y el tejido asociativo (Putnam, 2002:14).

Capital humano y capital social se asientan, en la producción global presente, sobre un gran cerebro social, que Marx denominaba como *general intellect* en las páginas de los *Cuadernos de Grundrisse* (2002:230), en donde la actividad del pensamiento es un bien colectivo, algo así como un intelecto público, construido entre todos, por medio del cual se crea el espacio común entre los productores; es decir un intelecto directamente productivo y con potencia asociativa: un intelecto general creativo (poiético). La categoría intelecto general –que tanto contribuye a explicar las mutaciones en el trabajo contemporáneo– es uno de los grandes aportes de Marx que parecen estar siendo corroborados por los procesos recientes de evolución del modo de producción capitalista:

En esta transformación lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que este trabaja, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma, gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social. (...) El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. (...) La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, electric telegraphs, selfacting mules, etc. Son estos, productos de la industria humana: material natural transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fixe revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general

intellect y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real (Marx, 2002: 228-230).

La insistencia sobre el carácter de fuerza productiva general que ha tomado el conocimiento y su papel en la configuración de lo que denomina el "individuo social", aportan gran claridad al fenómeno de la difusión y apropiación general del poder creativo del lenguaje, la comunicación y los saberes. Ello se condensa en el concepto de intelecto general que brota como un campo social determinante, en el cual ya no sólo las máquinas son "fuerza objetivada del conocimiento", sino que, en su forma "pura" de saberes comunes y habilidades comunicativas, es decir, lo que Virno llama "tramas de la vida de la mente", ese conocimiento produce inmediatamente formas de valor general.

Hay pues una nueva manera de integración del trabajo al mundo de la producción bio-económica y, puesto que se da a partir del conocimiento y las aptitudes lingüísticas, sólo puede ocurrir desde las singularidades y modos de ser del humano que produce hoy. La capacidad productiva se inscribe en los nuevos procesos de subjetivación post fordistas, donde participa de destrezas y talentos generales sobre los cuales ha instituido nuevas maneras del hacer laboral. Al respecto Virno señala que:

Todos los trabajadores entran en la producción en cuanto hablantes-pensantes. Nada que ver, digamos, con la "profesionalidad", o con el antiguo "oficio": hablar/pensar son aptitudes genéricas del animal humano, lo contrario de cualquier especialización. (...) Para el capital, lo que verdaderamente cuenta es la originaria y compartida dote lingüístico-cognitiva, dado que ella garantiza adaptabilidad, una rápida aceptación de las innovaciones, etcétera (Virno, 2004).

Tal potencia de producción ha sido convertida en fuente de enriquecimiento de los empresarios y de ciclos de acelerada valorización del capital. La flexibilización laboral, incorporada como parte del modelo y

la reducción de la capacidad de resistencia de los trabajadores a través del sindicalismo tradicional, condujo a la precariedad del contrato laboral y, con ello, a la creciente masa de trabajadores de tiempo parcial, a la inestabilidad de sus vínculos con fábricas o empresas, al incremento de las labores que se realizan por cuenta propia y de las actividades productivas que se ubican en el hogar o en el entorno comunitario, y de aquellas que carecen de remuneración económica. Ocurre una metamorfosis de la relación entre los espacios, los tiempos del trabajo, los territorios y los ritmos de la reproducción de la vida. Como el trabajo se confunde con la vida, es en este último ámbito de la vida integral donde habríamos de buscar la fuente de producción de la riqueza, por lo cual esta llamada riqueza no se podría circunscribir a los elementos económicos que antes la determinaban. Hoy no sólo lo producido durante los tiempos de trabajo se integra a la valorización del capital; ahora el capital dispone también y se reintegra los procesos de reproducción de la vida y todas las formas de trabajo no formalizado (no-trabajo), donde cada uno despliega capacidades y fuerzas productivas que antes se contrataban formalmente en las empresas. Sólo que organizar la vida entera, controlarla política y económicamente, es una función que rebasa la experiencia administrativa obtenida en los circuitos fabriles, mercantiles, institucionales o los adquiridos desde el control del viejo Estado nacional; de ahí que nuevas formas de poder sobre la vida (bio-poder) se abran paso (Useche, 2009: 151). Es allí donde la bio-política se encuentra con la bio-economía.

POSIBILIDADES DE UN DESARROLLO QUE ESTÉ FUNDADO EN UNA ECONOMÍA DEL BUEN VIVIR (DESARROLLO PARA LA VIDA O BIO-DESARROLLO)

Las transformaciones en el universo del trabajo abren también enormes posibilidades para imaginar la reconfiguración de la sociedad y de los modos de desarrollo productivo. Al vaivén de la difusión del intelecto general surgen nuevas figuras de cooperación del trabajo vivo, cuya capacidad es captada y sometida por el capital en nuevos escenarios de producción, pero sólo de manera parcial, tal como lo indiqué en otro texto:

Siempre hay un excedente de potencia productiva, un plus valor social expresado en saberes, en inteligencia colectiva, en nodos de comunicación y capacidades para generar nuevas intersecciones y encuentros, en despliegue de afectividades y solidaridades de donde surge lo común como condición previa, materia prima de otras alternativas de desarrollo, de reconstitución de lo público y, seguramente a la vez, como resultado de esa espiral de procesos innovadores y liberadores. Estamos ante una fuerza inmanente, que ya no se referencia obligatoriamente al capital, que es potencialmente autónoma y en donde la creación de cooperación se convierte en característica y virtud interna del trabajo que tiende a producir directamente los medios de interacción, apoyo y comunicación para la producción, formándose como una relación externa al capital, creada en común y abierta a nuevas formas de cooperación (Useche, 2007: 19).

Esta es una de las paradojas del modo de producción bio-económico, pues de una parte la productividad social se potencia hasta niveles impensados, y con ello el fondo del cual el capital puede extraer valor; pero de otra parte, esa expansión –capaz de abarcar la cultura, la capacidad de cognición y de lenguaje de la sociedad entera, es decir, la vida misma- no puede ser aprehendida totalmente por los mecanismos de reproducción del capital. Con ello, las relaciones entre los trabajadores empleados y el ejército industrial de reserva fuera del circuito productivo (desempleados) han variado radicalmente. Como se registró en la investigación sobre los jóvenes colombianos que se mencionó anteriormente, las fronteras entre los trabajadores y los no-trabajadores se han debilitado hoy en grado sumo. Hay un cambio en la naturaleza del trabajo; la producción y la vida se han ido integrando y se han hecho indiferenciadas. Eso mismo ocurre con las esferas del trabajo (formal) y el no-trabajo (informal); con el mundo del empleo y el de la creciente masa de los desempleados. El valor producido y medido a través del “tiempo de trabajo necesario” planteado por la teoría del valor, resulta ahora interpelado por las nuevas condiciones del trabajo social. La economía y las ciencias sociales y humanas tienen el reto de comprender los grandes cambios operados en la dinámica de lo que se concebía como el trabajo socialmente necesario (trabajo abstracto),

fuerza del valor en general. Una crítica de la teoría general del valor de Marx está en marcha y hay que abordarla desde distintas dimensiones.

En períodos cada vez más recurrentes y prolongados, el antiguo obrero se ve arrojado a esa zona de indiferencia en la que su subsistencia depende sólo de su propia capacidad para resistir, de su aptitud para hacer gala de capacidades de transformación y del devenir de las relaciones familiares, de vecindad y de amistad en redes económicas y de ayuda mutua. Eso significa revalorar estas relaciones, sacarlas del ámbito estrictamente privado en que estuvieron confinadas, para hacerlas territorios productivos donde los clásicos conceptos de ingreso económico y vínculo laboral mutan en virtud de lo comunitario.

La masa de los trabajadores contingentes va siendo reabsorbida por el tejido de proyectos sociales y de las negociaciones con el Estado, naturalizando la precariedad del ingreso. Pero al tiempo se van creando condiciones para el surgimiento de otras formas de cooperación y de trabajo. El despliegue de la creatividad como único camino para resistir y allegar medios de subsistencia se abre paso y adquiere carácter de proliferación de iniciativas productivas que sólo pueden estar instaladas en el marco de nuevas relaciones con lo público, donde confluyen la experiencia individual y los ensayos del hacer colectivo.

La reingeniería aplicada al Estado por el modelo neoliberal lo ha “liberado” de la obligación de hacerse cargo de las necesidades vitales de la población, que ahora pretenden ser resueltas con criterios de mercado, abandonando a su propia suerte a los empobrecidos. Estos dependen con frecuencia de sus propios recursos y de la conectividad de las redes de cooperación y de asociación, si bien esta confluencia ya no la provee el Estado, sino que se agencia por medio de las facultades de lenguaje y comunicación, comunes a todos los seres humanos. El espacio común que de ahí emana se da en el marco de la constitución de un intelecto general, y sus actos se hacen directamente productivos, al tiempo que la trama de la sociedad se hace más tupida y compleja. El espacio de lo público se reestructura y se re-ensava en la producción de los territorios de lo común, de la producción de bienes comunes, emergiendo un amplio campo de lo público no estatal y de los derechos auto gestionados por las comunidades.

Las estrategias para enfrentar la pobreza rebasan el marco rígido de la "inclusión" a los sistemas formalizados de consumo, y se ubican en el de creación de fuerzas productivas de naturaleza social, que proyecten formas novedosas de comunidad, alimentadas por la diversidad y la capacidad generativa de cambios profundos.

Se abre el abanico de la diversidad, en medio de la que los individuos y los grupos experimentan nuevas formas de percepción y de expresión, y se echan a andar nuevas prácticas productivas cuya eficacia se sustenta en la conversión de la red social en un entramado de auto-aprendizaje continuo y versátil, soportado sobre la expansión del intelecto general; el cerebro social también opera como terreno de lucha entre diferentes máquinas de subjetivación, entre los poderes dominantes y las fuerzas de la vida. De ahí que el intelecto público pueda transitar caminos muy disímiles. Puede, por ejemplo, ser el coto de captura de pensamientos, aptitudes lingüísticas, capacidades cognitivas, dinámicas de aprendizaje constituidas comúnmente, y reconvertirlos en meros productores de *plus*-valor al servicio del Capital, de la acumulación insaciable, del consumo devastador. Pero también, y es donde radica la fuerza de lo nuevo, el *general intelect* puede suscitar inéditas construcciones de lo público, que acentúen la potencia de ser de los humanos, espacios políticos democráticos para que todos aprendan a ocuparse de los asuntos comunales y convertirlos en lugares comunes para la emancipación. Para ello, el intelecto general descrito por Marx debe devenir en nuevas dimensiones de lo público, en renovadas formas de lo común, en distanciamiento de las soberanías del miedo y de la muerte.

No se hace referencia aquí a previsiones de tipo teórico que no tengan contacto con los procesos reales que están en curso. Día a día se multiplican las comunidades prácticas que se organizan en torno de actividades ligadas a la pequeña economía, y que sobreviven gracias a la puesta en situación de las redes del capital social y de las aptitudes que circulan por el intelecto público. La corriente latinoamericana de la "economía social" ha descrito las modalidades que las víctimas del modelo neoliberal emplean para resistir, y cómo no sólo acceden a formulaciones novedosas, sino que resignifican prácticas ligadas al viejo mutualismo, al cooperativismo, a la vez que llenan de nuevos sentidos

la acción vecinal y las asociaciones comunitarias, la función social de las iglesias y los lazos más elementales de ayuda. Todas ellas ligadas a la llamada “economía popular”:

Vemos en la economía popular orientada por la supervivencia una base riquísima para otro desarrollo posible: un subsistema de economía social, centrado en el trabajo, vinculado por relaciones de solidaridad interpersonal, de reciprocidad interpersonal y comunitaria de diversos niveles (Sahlins), con una variedad de formas de organización: trabajo individual, por cuenta propia, emprendimientos familiares, cooperativas, asociaciones de producción, de consumo, de coalición del poder de compra, de regulación de los mercados desde la sociedad, de construcción de mercados (las redes de trueque como caso llamativo) que no son atrasados, sino que tienen otra lógica, la de la reproducción ampliada de la vida de todos (...) (Coraggio, 2002: 3).

En estos casos, el sentido de la relación económica se impregna del plano de lo social, vinculado a la reproducción de la vida del colectivo, con la proyección hacia lo público que esto implica. En tanto está en juego el redimensionamiento de lo público en lo común, estamos ante ejercicios micropolíticos que constituyen trayectos de otra bio-economía, que desbrozan el sendero hacia delinear formas de un desarrollo en función de la vida colectiva y que consideran a la naturaleza como un factor esencial del proceso: esto es, un bio-desarrollo.

Por la experiencia reciente se podría adelantar la hipótesis de que las alternativas al desarrollo dominante y el despuntar de formas de “bio-desarrollo” seguramente no las hallaremos en “grandes acontecimientos”, del tipo de los que han mantenido visibilidad por la vía de las teorías hegemónicas de la historia; sino que hay que buscar su rastro en acontecimientos muchas veces imperceptibles, pero que están tocados por la magia de la creatividad y la ruptura. Habría que recordar a Foucault cuando afirma que:

Las revoluciones con su gran estruendo, pasan y muchas veces, en poco tiempo, se retrocede a situaciones aún peores luego de que ellas se decantan. Por eso hay que realizar una labor herme-

neútica, de desciframiento, que permita asignar significación y valor a lo que en apariencia es insignificante (Foucault, 2007: 85).

Es la huella de esos pequeños acontecimientos, su capacidad de transformación, lo que se va tornando relevante para el análisis actual. Es lo que se está dando en los micro-procesos productivos en los que, sin embargo, está presente el conjunto de relaciones vitales; ellos parecen insignificantes ante los grandes huracanes revolucionarios, pero muchas veces las llamadas revoluciones sociales no logran otra cosa que cristalizar esos pequeños-grandes cambios, fijarlos en el imaginario colectivo, haciendo posibles importantes procesos liberadores; es decir, potenciando la actualización y la apertura de campos innovadores que alberguen nuevas experiencias. Hoy asistimos a poderosas revoluciones que provienen de acontecimientos que permanecieron invisibilizados por el tráfigo de grandes hechos mediáticos. Lo sucedido en el Norte de África en el prodigioso amanecer de la segunda década del siglo XXI, y lo que discurre ante nuestros ojos en el sur de Europa con el movimiento de los "indignados", que construyen su propio espacio ante el desastre humano provocado por el capitalismo en su forma neoliberal, no sólo está poniendo en cuestión las bases del pensamiento económico dominante, como ya se dijo, sino emplazando las formas de gobierno, las redes que soportan la vida, las nociones de ciudadanía y democracia y las formas de sustentabilidad con las que se define el papel de los humanos en el decurso de ese organismo vivo que es la biósfera.

ELEMENTOS PARA UN PROGRAMA DE DESARROLLO PARA LA VIDA (BIO-DESARROLLO)

La clave del enfoque del desarrollo para la vida (bio-desarrollo) es la política de la diferencia y la multiplicidad. La vida discurre como una experimentación abierta, incierta, móvil, en donde la diferencia produce nuevos movimientos que aumentan nuestra potencia de ser.

Evidentemente, ello es de alta compatibilidad con la tendencia a la diversidad y a la complejidad característica de la evolución de lo vivien-

te, que es justamente lo característico de la biósfera. Estos sistemas de alta complejidad establecen redes de interacciones infinitas que ignoran las reglas del “óptimo económico”, por lo que las políticas de “bio-desarrollo” deben deducir el carácter de los mecanismos de la vida del planeta que están siendo amenazados por la acción humana, y disponerse a conocer y adaptarse al juego de reservas y regulaciones que aseguran la estabilidad de los sistemas en los que se soporta la vida (Passet, 1996: 101-102). Poner límites al crecimiento que arrasa, este es el primer plano de la acción del bio-desarrollo, que involucra políticas de reducción del daño que la acción entrópica humana causa a la bio-diversidad y programas que desplieguen la capacidad de regeneración y coadyuven a la recomposición del entorno natural donde se realiza la actividad humana, superando la idea neo-clásica de que la naturaleza no es más que un *stock* inanimado de recursos para la producción.

El segundo plano de la perspectiva del desarrollo para la vida es el de navegar, desde la política de la diferencia y la multiplicidad, en el nuevo mundo productivo, constituido principalmente por bienes inmateriales y por el intelecto que se moviliza en lógicas transversales y lingüísticas de valor general. El norte de esta política es el reconocimiento de las nuevas potencias comunales del trabajo, que ofrecen no sólo la emergencia de prácticas productivas preñadas de novedad y creatividad, sino la refundación de prácticas culturales y sociales y la búsqueda de otras modalidades de representación, institucionalidad y de afirmación autonómica. Las redes de la producción social y del intelecto público promueven otro tipo de acuerdos productivos que no son ajenos a la afectividad, que redescubren la solidaridad y que no tienen como único referente la ganancia o el lucro personal. Este es el centro de la producción de relevantes subjetividades sociales que tienen el embrión de transformaciones sociales, de nuevos conceptos de ciudadanía y de una radicalización de la democracia.

Un programa diseñado desde el “bio-desarrollo” habrá de reconocer que es necesario que se constituyan sectores productivos que creen capacidades propias de los nuevos sujetos y agencias sociales, para integrarse creativamente al circuito de producción cognitiva, apropiándose, adaptándose y transformando nuevas tecnologías, para generar

sistemas productivos alternativos, con formas originales de cooperación social del trabajo y de gestión de los recursos.

La construcción de fuerza propia de las comunidades es la base de interpelaciones a los mercados convencionales y de renegociación y propuestas de cambio en la formulación de las políticas del Estado. Frente a los primeros, es indispensable construir capacidad de incidencia en los procesos de intercambio, circulación y distribución de bienes y servicios. Se requerirá de un doble movimiento: afinar espacios de intercambio propio en los márgenes de la dominación mercantil y de las prácticas de consumo regidas por el crudo beneficio individual. Esto, en especial, está asociado a la producción y circulación de los bienes comunes y de utilidad pública, así como a la crítica del sistema monetario. Un ejemplo es la intensificación de los ejercicios de trueque, donde se conectan procesos productivos de diversa naturaleza y diferente producto, de tal manera que se someten a intercambio- de valores sociales de uso y se subordina la consideración del valor de cambio que ellos tienen en el mercado. De otro lado hay que profundizar en la experiencia de mercados sociales que buscan una redistribución más equitativa para los productores directos, donde se minimiza la intermediación y se fijan precios más cercanos al valor de los productos, a partir de métodos de cálculo que superen la relación costo/beneficio monetario y reflejen e integren el esfuerzo de todos. Impulsar movimientos que pongan límites sociales al mercado, que exijan responsabilidad social de los grandes productores, financistas y comerciantes, y promuevan el respeto de los derechos de los consumidores. A la par, impulsar formas de consumo responsable y un sentido crítico permanente ante el individualismo posesivo y la alienación que induce el consumismo.

Frente al Estado y la noción de ciudadanía, la política del "bio-desarrollo" podría inclinarse por privilegiar la gestión directa de los derechos sociales y políticos, movilizarse por ganar espacios en la lucha contra la pobreza y la precariedad, exigiendo el cumplimiento de garantías para la realización de los derechos humanos y el achicamiento del campo del bio-poder ejercido por las formas del capital financiero contra las diversas formas de vida, acatando el control social de sus prácticas y elevando el rigor de las regulaciones del poder bancario. Además, ganar el reconocimiento de los crecientes espacios de lo público no

estatal, que no son otra cosa que manifestaciones de nuevas formas de vivir, que propician el desarrollo de vínculos sociales relacionales en torno a la producción de satisfactores integrales de las necesidades materiales, culturales y sociales, así como de la recuperación de los derechos de todos. Este sería un breve esbozo de la discusión abierta sobre la cuestión bio-económica y los problemas del bio-desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio. 2001 *Medios sin fin*. Notas sobre la política. Pre-Textos, Valencia.
- BOURDIEAU, Pierre. 2000. "Las Formas del Capital. Capital Económico, Capital Cultural y Capital Social" En: *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Desclée de Brouwer. Bilbao.
- CORAGGIO, José. 2002. "De la redistribución del ingreso al desarrollo de una economía social". En: *Encuentro hacia el plan Fénix. de la crisis actual al crecimiento con equidad*. Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Buenos Aires.
- DELEUZE, Gilles. 1999. "Post-scriptum a las Sociedades de Control". En *Conversaciones 1972-1990* Pre-Textos, Valencia.
- ETCHEBARNEP, Agustín. 2008. "Los términos de intercambio y el cambio tecnológico". En RIIM. *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*. N°48, Mayo.
- FOUCAULT, Michel. 2007. *Nacimiento de la Biopolítica*. Fondo de Cultura Económica de Argentina S:A. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel. 2006. *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A. Buenos Aires.
- FUMAGALLI, Andrea. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un Nuevo Paradigma de Acumulación*. Traficantes de Sueños. Madrid. 2010.
- GEROGESCU-ROEGEN, Nicholas. 1996. *La ley de la entropía y el proceso económico*. Fundación Argentaria. Madrid.
- GUATTARI, Félix. 1996. *Las tres ecologías*. Pretextos. Valencia.
- HAYEK, Friedrich. 1978. *Los Fundamentos de la Libertad*. Unión Editorial. Madrid.
- HAYEK, Friedrich. 1948. "Economics and Knowledge". en *Individualism and Economic Order*, Indiana: Gateway Editions.
- MARX, Karl. 2002 (1857- 1858) Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política. *Grundrisse*. Vol. 2, Siglo XXI Editores, México.
- PASSAT, René. 1996 *Principios de Bioeconomía*. Fundación Argentaria. Madrid.
- PRIGOGINE, Ilia. 2001 *El fin de las certidumbres*. Taurus, Madrid.
- PRIGOGINE, Ilia. 1997. "La naturaleza reencantada entrevista por Renée Weber". En *Ensayo & Error. Revista de Pensamiento Crítico Contemporáneo* No. 2 Bogotá